

Durante la segunda mitad de los años 80 se produjeron grandes cambios en la formación de traductores e intérpretes en España. Se gestó la reforma que habría de conducir de la diplomatura a la licenciatura, con grandes cambios en la estructura curricular que se han mantenido en lo esencial hasta el presente. Uno de los cambios más innovadores fue la introducción de materias instrumentales como fueron la Terminología, la documentación y lo que en aquellos tiempos se denominaba Informática Aplicada a la Traducción. La iniciativa para esta reforma se originó en la Universidad de Granada, en el seno de un grupo del que formábamos parte, y nos inspiramos para ello en modelos como el canadiense y el de los países nórdicos.

En aquellos momentos el paradigma dominante en el campo de la Terminología era el de la escuela de Viena, aunque ya se podía presenciar la emergencia de otras tendencias que anunciaban un nuevo paradigma de la disciplina. Estas manifestaciones de un nuevo paradigma emergente se materializaban en figuras como Teresa Cabré, Juan Carlos Sager y los quebequenses. Las relaciones entre todas estas tendencias no siempre fueron cordiales, como es natural que ocurra entre paradigmas científicos encontrados. En el estado español, la escuela de Viena encontraba su máximo y casi único exponente en Amelia de Irazazábal y su grupo TermEsp, del ICYT, CSIC.

Amelia de Irazazábal fue licenciada en Ciencias Químicas, materia en la que también ejerció como profesora durante algunos años en la Universidad de Valladolid y contrajo matrimonio con un ingeniero. De las tendencias terminológicas dominantes en aquellos momentos en el mundo y de sus propias circunstancias personales resulta lógico que la labor de Amelia de Irazazábal se fijara como meta la terminología como herramienta de normalización en la comunicación entre científicos y técnicos (de ahí su gran tarea de colaboración con los expertos); también podemos entender que su trabajo mantuviera un estrecho vínculo con la disciplina de la Documentación y, para ella y su grupo dentro del ICYT del CSIC, la Terminología consistiera fundamentalmente en documentación terminológica (de ahí su enorme aportación en la elaboración de tesauros). Este enfoque de la Terminología había roto con sus orígenes asociados a la Lexicología en el afán de constituir una nueva disciplina independiente.

Frente a estos intereses terminológicos y paralelamente a ellos, se materializaban en España y en el mundo líneas de trabajo que vinculaban de forma estrecha la Terminología a 1) la comunicación no solo entre expertos sino en general, 2) la formación de traductores e intérpretes, 3) las industrias de la lengua y 4) la planificación lingüística. Estas nuevas aperturas propiciaron un reencuentro de la Terminología con sus orígenes lexicológicos, sin renunciar por ello a su naturaleza de nueva disciplina.

Conocimos personalmente a Amelia de Irazazábal en Granada hacia el año 1986, en las *Jornadas Europeas de Traducción e Interpretación*. Posteriormente, su presencia y la de su grupo en Granada fue permanente, año tras año, con la impartición de seminarios de Terminología cuando la nueva materia todavía no se había introducido en los planes de estudio, su protagonismo en eventos como los Coloquios Iberoamericanos de Enseñanza de la Terminología (Granada 1991 y 2002) en la Exposición de Lingüística Informática y de Terminología Científico-técnica (Madrid, 1987) y su generosa maestría a lo largo de toda su vida.

Amelia de Irazazábal mantuvo toda la vida su lealtad a la escuela terminológica de Viena pero nunca sus relaciones con otras formas de pensar dentro de la disciplina revistió la virulencia que se manifestó en otros casos en los que el contacto tomó la forma de colisión. Gracias a la prudencia, comprensión y sabiduría de ella y también de otras figuras destacadas del campo de Terminología, fundamentalmente Teresa Cabré, la convivencia dentro del estado español entre diversas escuelas e intereses terminológicos se ha parecido más a la idílica convivencia de Al-Andalus que a un campo de batalla entre tendencias. Creemos que la convivencia y colaboración entre las distintas tendencias del trabajo terminológico que hemos presenciado en Granada no ha encontrado parangón en ningún otro tiempo ni lugar. Esta convivencia y el respeto a la opciones individuales de cada cual y la información a nuestros alumnos sobre cuáles son todas las opciones posibles, ha inspirado el trabajo dentro de las universidades españolas y creemos que ha constituido uno de nuestros mayores logros.

Amelia de Irazazábal no nos ha legado una gran obra teórica sobre la Terminología, ni este creemos fue su propósito en ningún momento. Ella no pretendió innovar con escritos teóricos la teoría de la Terminología, sino más bien aplicar con rigor lo que otros teóricos habían formulado anteriormente. Así, su

esfuerzo se aplicó principalmente a campos aplicados como la terminografía, la elaboración de tesauros, la normalización, la traducción y divulgación de la obra de otros maestros, la gestión y la formación. Y su producción fue descomunal en volumen y del mayor rigor y calidad. Así le fue siempre reconocido por el resto de la comunidad científica, que le hizo justicia considerándola en todo momento como la madre de la Terminología en España. Indudablemente, Amelia de Irazazábal, con su gran personalidad y maestría imprimió un carácter propio a todo lo que hizo y corresponderá a otras personas deducir y juzgar cuál ha sido su contribución a los Estudios de Terminología.

Amelia de Irazazábal no contaría con todo el respeto y admiración que sentimos por ella quienes la conocimos y seguiría estando hoy, viva, en nuestros recuerdos si, además de ser una profesional pionera y de titánica capacidad de trabajo, no hubiera sido una gran persona, con cualidades que la han convertido en modelo a seguir. Sus cualidades solo evocan en nosotros, agradecimiento, afecto y admiración.